

ACADEMIA

BOLETIN DE LA REAL ACADEMIA
DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO



MADRID

PRIMER SEMESTRE DE 1963

NUM. 16

démico numerario D. Valentín de Zubiaurre y Aguirrezábal. En efecto, este admirado pintor cerró los ojos para siempre el día 24 de enero. Su entierro, verificado al día siguiente por la tarde, significó una auténtica manifestación de dolor a la que no solamente acudieron todos los Académicos residentes en Madrid, sino varias personalidades y representaciones. Presidió el duelo el Sr. Subsecretario de Educación Nacional en representación del Ministro del Ramo. El cuerpo del difunto recibió sepultura en el patio tercero del Perpetuo Socorro, número 155 de la fila tercera de nichos, del cementerio de San Justo y Pastor.

Doce días antes el Sr. Director General de Bellas Artes, en unión de otras personalidades, entre ellas el Secretario perpetuo de nuestra Corporación y varios Sres. Académicos, había entregado al admiradísimo pintor la Medalla de Honor, concedida en la Exposición Nacional de 1957. El acto se verificó en el domicilio del Sr. Zubiaurre por hallarse enfermo, pues el retraso se debía a distintas y anteriores dilaciones. El Sr. Director leyó ahora el acta de la concesión de la Medalla y pronunció un breve discurso, tras lo cual el homenajeado agradeció emocionadamente la atención.

En la sesión necrológica de la Academia, celebrada el día 28 del mismo mes, se dio cuenta de los pésames recibidos, y a continuación el Sr. Marqués de Lozoya, en representación de la Sección de Pintura, pronunció la oración necrológica reglamentaria, que el Pleno escuchó con gratitud emocionada y unánime sentimiento. Su texto aparece en las primeras planas de este número.

D. Valentín de Zubiaurre había sucedido a D. José Garnelo en la Academia. Elegido el 22 de enero de 1945, tomó posesión en 21 de junio del mismo año, versando su discurso de recepción sobre el tema «Los pintores mudos». Era hijo de D. Valentín de Zubiaurre, compositor y maestro de la Real Capilla, que había sido nombrado Académico de número de la clase de profesores al crearse la Sección de Música por Decreto de la República de 8 de mayo de 1873, y falleció el 13 de enero de 1914. Y aquel pintor recibió la Medalla corporativa que había ostentado este músico durante más de cuarenta años.

El Académico numerario D. Eugenio Hermoso

Transcurridos tan sólo seis días desde la defunción del Sr. Zubiaurre, otra dolorosa pérdida de un estimadísimo miembro numerario afligió a nuestra Corporación. El Sr. Hermoso venía soportando, con noble entereza y constante testimonio de servicio a nuestra Corporación, una prolongadísima dolencia. Sintióse súbitamente agravado en la mañana del 2 de febrero. Trasladado con urgencia a la Clínica de la Concepción, desgraciadamente no pudo salvarse su existencia y dejó de existir en la tarde del mismo día.

Consideraron sus íntimos amigos y compañeros D. Enrique Pérez Comendador y D. José Aguiar que no era factible el traslado del cadáver a la casa donde el Sr. Hermoso vivía desde muchos años atrás, y rogaron que se instalara la capilla ardiente en la Biblioteca de nuestra Corporación para rea-

lizar la despedida del duelo y traslado del cadáver a Fregenal de la Sierra, donde habría de ser inhumado, como así se hizo.

Durante la mañana del siguiente día y primeras horas de la tarde gran número de Académicos y personalidades oficiales testimoniaron su condolencia a la hija y familiares del finado. A las cuatro de la tarde se despidió el duelo en el portal de nuestro edificio, y tres horas y media después se llevó el féretro a la estación del Mediodía. Acompañó el cadáver hasta su última morada el Sr. Pérez Comendador, designado por nuestra Academia para ostentar la representación de la misma en todos los actos de homenaje y condolencia de las autoridades provinciales y municipales.

El Sr. Hermoso había sido elegido Académico de número el 4 de marzo de 1940 e ingresó el 17 de febrero del año siguiente, versando su discurso de recepción sobre el tema «Gran Capitán (Francisco de Zurbarán)».

En la sesión del lunes, 4 de febrero, el Sr. Director concedió la palabra a D. José Aguiar, quien en nombre de la Sección de Pintura pronunció un discurso necrológico que acoge el presente número de ACADEMIA. Esas palabras fueron oídas con unánime sentimiento y asentimiento por los asistentes a la Junta plenaria, y en seguida se levantó la sesión ordinaria en señal de duelo.

En la sesión de siete días después el Sr. Pérez Comendador leyó una comunicación referente al entierro del señor Hermoso. Fue escuchada con emoción y el Sr. Director propuso que lo publicase la revista ACADEMIA, acordándose así. He aquí el texto de esta comunicación:

«Artista de espíritu franciscano, desde la juventud hasta su último día vivió Hermoso en el estudio que algunos de ustedes conocen en la calle de Almagro. Muchas escaleras, poco espacio e inadecuado para recibir el último homenaje de cuantos le queríamos, que somos muchos; creo que todos.

Para Hermoso la Academia fue como su casa familiar; sin la Academia, a la que asistió con asiduidad ejemplar hasta el último lunes de su vida, habría quedado en su pueblo la mayor parte del año. Se lo oí decir más de una vez, como le oí alabarla mucho cuando recordaba que su gran amigo López Mezquita fue traído a esta casa desde el hotel en que murió.

Agradezco, pues, y lo agradezco sobre todo en nombre de Rosarito, la inseparable hija de Hermoso, y en nombre de sus paisanos, que los señores Francés y Sánchez Cantón, a los que por las circunstancias tocaba resolver, accedieran en seguida, sin la menor objeción, a mi sugerencia de traerlo a la Academia e instalar en ella la capilla ardiente. ¡Cuántos elogios y gratitud ha cosechado nuestra Corporación con este motivo!

Algunos familiares y amigos hubimos de vencer no pocas dificultades hasta poder sacar el cadáver de la Clínica de la Concepción, en que murió; dificultades soslayadas en parte después de una conversación mía con el doctor Jiménez Díaz, gran admirador y amigo de Hermoso.

Sólo a las dos y media de la madrugada —había fallecido a las siete de la tarde— pudimos, por calles heladas y la nieve sobre nosotros, traerlo a la Academia. Le acompañábamos Rosarito, la señora de Aguiar y la mía, con

el pintor Luis Mosquera, que en todo momento, y hasta dejar el féretro en el tren, nos ayudó y tuvo su coche a nuestra disposición. En la Academia se nos unieron otros familiares y amigos.

Anoto que el personal de esta casa que hubo de intervenir cumplió debidamente, muy en particular el portero, Francisco Martín Aller, y su esposa, que se desvivieron por atenderlo todo y a todos.

Ya conocen los Sres. Académicos cómo, pese a la crudísima tarde invernal, la concurrencia a la capilla ardiente fue numerosísima en la hora anunciada, cuatro y media, para la conducción del cadáver. Esta, debido a la inclemencia atmosférica, se retrasó hasta las ocho para transportarlo por ferrocarril. A dicha hora, contadas personas ya en la Academia, sacábamos el féretro a hombros el escultor Gabino Amaya, los pintores Lázaro Lozano, Amador y yo.

Partí en el tren fúnebre con Rosarito y dos amigas suyas, transbordamos en Mérida, y en Zafra, tras nuevo transbordo, se nos unió el Ayuntamiento de Fregenal de la Sierra, pueblo natal de Hermoso, presidido por el Alcalde, don Manuel González Bermudo.

Todo muy penoso; mas... ¡qué emociones de toda índole!

¡Qué impresión dolorosa y gozosa cuando, sacando el féretro del tren, se nos arrebató por mozos campesinos, como Hermoso lo fuera un día, que, graves y conmovidos, alados los brazos endurecidos en la gleba, lo llevaron en volandas casi dos kilómetros a través de un campo suavemente quebrado, de clara hermosura, en el que los almendros en flor anunciaban la naciente primavera! Otros mozos, encuadrando el

grupo, portaban las grandes coronas de flores vivas, y, pese al vacío carrito fúnebre tirado por una mula, a cuya marcha sonora nuestro paso se acompañaba, los que seguíamos no podíamos hacernos a la realidad de que aquello era una comitiva funeral. Divisábase al final de la empinada cuesta el pueblo blanco; sobre él grandes nubes negras, y en la gélida tarde el viento silbaba y hacía que las copas de los olivos se inclinasen al paso del cortejo, rindiendo homenaje a quien tanto los amó. Sí, Hermoso, que frecuentó mi casa, no pisaba el umbral sin antes llegarse al olivo de mi jardín, del que delicadamente juntaba una rama a sus labios; seguidamente acariciaba la higuera...

Doblaban las campanas y no lograban entristecernos al paso por la de cal blanquísima «calle de Eugenio Hermoso», empedrada aún porque él aborrecía el cemento. Los balcones todos lucían colgaduras blancas y un pequeño crespón negro en el centro. Era como una extraña procesión, y uno pensaba que tanta blancura reflejaba el gozo de ser recibida su alma pura en el cielo.

Y luego, en aquella su casa que él convirtió en museo—su museo—, imprimiéndole nobleza y sencillo señorío, bajo una de esas niñas por él pintadas, de ojos redondos, grandes y maravillosos, que ríen siempre, alegrándonos, fue colocado el féretro...; la vida y la muerte, juntas; el espíritu y la materia que lo albergó, separados. Y todos lloraban... Pero aquello no era para llorar, sino para meditar y maravillarse.

Un responso, y seguidamente la extraña procesión recorre de nuevo la «calle de Eugenio Hermoso», su gloria frexense, hasta la parroquia; iglesia

grande, más andaluza que extremeña, rebotante de la humanidad pintada por el artista: mozos morenos y cejijuntos, muchachas trigüeñas arreboladas como las nubes en la tarde, nietas de la *Juma* y la *Rifa*; gañanes, cabreros y zagales, esta vez los corazones apretados, sin risa ni bullicio. Y estaban los viejos y las viejas, los de su tiempo; el señorío, las autoridades provinciales y locales, y el grupo de fieles amigos de allá; y la Academia, que mientras él estuviera no podía faltar; y Rosario, muy rodeada, pero sola en la semioscuridad bajo el púlpito.

Misa de *Córpore insepulto*, funeral muy solemne; y de nuevo la comitiva, Eugenio siempre sobre hombros y brazos rudos y amorosos, esta vez con cle-ro y cruz alzada, por entre la muchedumbre, hasta la salida del pueblo. Ante nosotros desfilan los hombres de Fregenal: labradores y menestrales, pequeños burgueses y señores; cabezas raciales, hermosas; pero ninguna llegaba a serlo tanto como fue la del pintor, pues que sus rasgos habíanse depurado y ennoblecido por el cultivo del espíritu y un consciente amor de la naturaleza.

Y seguimos a pie el camino empinado del cementerio humilde, allá en lontananza. Frío, mucho frío en un campo bellísimo de horizontes abiertos. Las nubes galopan ahora arreboladas, y el viento silbante ayuda de nuevo a los olivos a inclinarse ante Hermoso por última vez.

Llegados al camposanto, le entrábamos un pintor, un poeta, un crítico y un escultor, mientras los pajarillos, las esquilas y la campana lejana ponían en la escena su nota musical. Y pesaba, pesaba como si llevásemos la tie-

rra extremeña sobre nuestra propia pesadumbre.

Mientras el humilde nicho—pequeño para el féretro, pequeño para la grandeza que ha de albergar—era ensanchado, en derredor del artista inánime se arracimaban los niños; sus mejillas rosadas, sus redondos y grandes ojos atónitos, que esta vez no rien. Hermoso, a través de la transparente tapa funeraria, parecía sonreír. Los niños, sus niños; los mozos, los suyos; las muchachas endomingadas, de casta presencia; las viejas y viejos, que por el arte del que se fue permanecerán siempre jóvenes jocundos; algunos amigos devotos, la Academia y el sol, que se extinguía, le decíamos: «Hasta luego.»

Penoso, conmovedor, bellísimo. Eran las seis de la tarde del 4 de febrero de 1963. Cuarenta y siete horas hacía que el pintor Eugenio Hermoso, quizá en olor de santidad, había entregado su alma a Dios.»

El Académico correspondiente

D. Martín S. Noel

En la sesión celebrada el día 4 de marzo se dio cuenta del fallecimiento del arquitecto D. Martín S. Noel, correspondiente en Buenos Aires de esta Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, quien obtuvo en el año de 1921 el Premio de la Raza.

Inició sus estudios de arquitectura en Francia, y en 1910 obtuvo el diploma de arquitecto en la Escuela Especial de Arquitectura de París, incorporándose después a la Escuela de Bellas Artes de dicha capital.

En 1912 hizo un detenido viaje por